

Gonzalo Celorio

*Del esplendor  
de la lengua  
española*

Segunda edición (FCE España – Editorial Universidad de Alcalá), 2026

---

Celorio, Gonzalo

Del esplendor de la lengua española / Gonzalo Celorio. — 2ª ed. — Madrid : FCE, Editorial Universidad de Alcalá, 2026

210 p. : fot. ; 24 × 15 cm — (Colec. Biblioteca Premios Cervantes)

ISBN 978-84-375-0859-7

1. Celorio, Gonzalo – Crítica e interpretación 2. Poesía 3. Ensayo 4. Narrativa 5. Literatura mexicana – Crítica e interpretación – Siglo xx I. Ser. II t.

LC PQ7081.C3745

Dewey M864 C158d

---

*Distribución en España y América Latina*

© 2016, 2026, Gonzalo Celorio

Fotografía de la página 131: cortesía del autor  
Licencia de uso otorgada por EDITORIAL PLANETA MEXICANA,  
S.A. de C.V., derechos reservados.

D. R. © 2026, de esta edición:  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.  
Calle de Fernando el Católico, 86; Madrid  
[www.fondodeculturaeconomica.es](http://www.fondodeculturaeconomica.es)  
[editor@fondodeculturaeconomica.es](mailto:editor@fondodeculturaeconomica.es)

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ALCALÁ  
Plaza de San Diego, s/n; 28801 Alcalá de Henares  
[www.uah.es](http://www.uah.es)

*Diseño de cubierta:*  
Laura Esponda Aguilar

*Impresión y encuadernación:*  
Leitzaran Grafikak

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito de los editores.

ISBN 978-84-375-0859-7  
DL M-6578-2026

Impreso en España • *Printed in Spain*

*A José G. Moreno de Alba. In memoriam*

## Prólogo

---

«Limpia, fija y da esplendor» reza el lema de la Real Academia Española. Así lo heredó, en su primigenio estado de institución correspondiente de aquélla, la Academia Mexicana que, por ser la academia por antonomasia de nuestro país cuando se estableció en 1875, no hubo de requerir en su nombre la especificidad de su labor primordial —la lengua— que de un tiempo a esta parte ostenta. El lema se corresponde puntualmente con el espíritu canónico, prescriptivo e ilustrado propio del siglo XVIII, cuando se fundó la institución española. Hay quien dice de él, en son de broma, que más se antoja hoy día anuncio de algún detergente que lema de una corporación solemne, grave y sentenciosa, como suelen ser calificadas tanto la Real Academia Española como las demás academias hermanas de Hispanoamérica, Filipinas, Estados Unidos y, de muy reciente establecimiento, Guinea Ecuatorial.

Creo, por mi parte, que la labor actual de las 23 academias de la lengua española no es tanto la de limpiar y fijar la lengua, sino la de registrar las diferentes maneras en que la usan *normalmente* sus únicos y verdaderos dueños —los hablantes— y consignarlas, de acuerdo a ciertos criterios de ejemplaridad, en sus obras fundamentales —la gramática, el diccionario, la ortografía—, donde adquieren el carácter *normativo* que los propios hablantes les reconocen e incluso les solicitan. Pero el esplendor —el

lustre, la nobleza, el auge, el apogeo, según define esa palabra el *Diccionario de la lengua española*— lo dan, con sus obras y con su amor a la palabra, quienes forman parte de esas corporaciones.

En este volumen he reunido una veintena de textos referidos a la persona y a la obra de muy ilustres académicos, casi todos mexicanos: los cronistas de la Ciudad de México Artemio de Valle-Arizpe y Salvador Novo; el polígrafo regiomontano Alfonso Reyes; los novelistas Carlos Fuentes y Rosa Beltrán; el historiador Edmundo O’Gorman; el enciclopedista José Rogelio Álvarez; el escritor de origen zapoteco Andrés Henestrosa; los filólogos José Luis Martínez, Antonio Alatorre y Margit Frenk; los poetas Rubén Bonifaz Nuño y Hugo Gutiérrez Vega; el músico Carlos Prieto; el lingüista José G. Moreno de Alba; el analista político y periodista Miguel Ángel Granados Chapa y el antropólogo Roger Bartra. Incorporé también a un académico proveniente del exilio español republicano, Eulalio Ferrer, quien adoptó México como su país de destino y residencia y en el que realizó su obra, dedicada fundamentalmente a la *comunicología*, término acuñado por él. Y a otro exiliado, guatemalteco nacido en Honduras y transterrado y florecido en México, Augusto Monterroso, quien, sin ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, mucho gustaba de una fábula relacionada con un académico colombiano que se había tomado muy en serio, en beneficio de la brevedad, la primera consigna —la de limpiar— del lema de la institución. No pude evitar incluir a Dulce María Loynaz, quien dirigió la Academia Cubana de la Lengua en las condiciones asaz difíciles que vivió la institución tras el triunfo de la Revolución en 1959. No fue mexicana ni vivió en México, pero la sumo a este elenco no sólo por su valía literaria y académica, sino por mi propio gusto, pues algo tengo yo de cubano y soy miembro correspondiente en México de la academia de aquel país. También dedico un texto a Víctor García de la Concha, quien impulsó, como director de

la Real Academia Española y presidente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, las grandes obras panhispánicas, que en mi opinión constituyen, tras el modernismo y el *boom* de la novela hispanoamericana, el tercer retorno de las carabelas. La mayor de esas obras es la *Nueva gramática de la lengua española*, a cuya publicación me refiero en el artículo con el que cierro este volumen.

El común denominador de estos ensayos es que fueron leídos en el ámbito académico: unos en sesiones públicas solemnes, ya luctuosas en recordación de algún académico fallecido, como José G. Moreno de Alba o Hugo Gutiérrez Vega —lo que explica el carácter elegíaco de algunos de ellos—, ya festivas, como el cumpleaños centenario de Andrés Henestrosa o la investidura como doctor *honoris causa* de Víctor García de la Concha en el paraninfo de la Universidad de Guadalajara; otros, en sesiones ordinarias, cuyos primeros destinatarios fueron los propios colegas académicos, si bien después se recogieron en las *Memorias* de la corporación; otros más, como presentaciones de libros o como ponencias en los congresos de la lengua española que se celebran periódicamente en diferentes países del orbe hispanoparlante. Los dedicados a *Letras de la Nueva España* de Alfonso Reyes y a *La región más transparente* de Carlos Fuentes fungieron como prólogos a las ediciones académicas que de tales obras hicieron el Fondo de Cultura Económica y la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey en el primer caso, y la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española en el segundo.

Pero la verdadera unidad de este libro, si la tiene, es la de mi admiración, mi reconocimiento y mi respeto a quienes, desde la literatura —la novela, la poesía, la crónica, el ensayo, el artículo periodístico—, la lingüística, la filología, la dialectología, la historia, la mercadotecnia, la antropología, le han dado a nuestra lengua el esplendor que le da título a este libro.

## Artemio de Valle-Arizpe

---

*Relator de las peripecias de fray Servando Teresa de Mier\**

El 5 de abril de 1933, don Artemio de Valle-Arizpe presentó su discurso de ingreso a la Academia Mexicana. Y digo que lo presentó, y no que lo pronunció, porque, según consta en las memorias que lo recogen,<sup>1</sup> sólo lo leyó parcialmente. No podría haber sido de otro modo, pues ya impreso consta de ochenta y cinco apretadas cuartillas (que se llevarían, a buen ritmo, por lo menos cuatro horas y media de lectura) en las que don Artemio, con la proliferación característica de su estilo, trata de sujetar de manera póstuma la inasible, escurridiza y fugitiva vida de fray Servando Teresa de Mier.

De don Victoriano Salado Álvarez, a quien sucede en la silla número X de la Academia, don Artemio dice en el proemio de su discurso lo que podría decirse de él mismo, que «por feliz acaso se juntaron condiciones de novelista y de gran historiador

\* Texto leído en la Biblioteca Nacional de México durante la sesión pública solemne de la Academia Mexicana de la Lengua, celebrada el 25 de agosto de 2011, para conmemorar el cincuentenario del fallecimiento de don Artemio de Valle-Arizpe.

<sup>1</sup> Artemio de Valle-Arizpe, «Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra», en *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la española (Discursos académicos)*, tomo XI, Editorial Jus, Ciudad de México, 1955, págs. 33-118.

en una misma persona». Ciertamente, don Victoriano siguió el modelo del Benito Pérez Galdós de los *Episodios nacionales* para relatar, en forma novelada, parte de la convulsa historia del siglo XIX mexicano, la comprendida entre la caída de Antonio López de Santa Anna y el fusilamiento de Maximiliano. El resultado fue la publicación de dos series de episodios mexicanos, *De Santa Anna a la Reforma* y *De la Intervención al Imperio*, en las que predomina el oficio del historiador sobre la imaginación del novelista, si bien los recursos literarios empleados por Salado Álvarez hacen de su relato un texto vívido y ameno.

Don Artemio no es ajeno a esta doble condición de historiador y novelista que reconoce y aplaude en su antecesor académico. Su pasión por la historia de nuestro país, particularmente la relativa al Virreinato, pero también a la del primer siglo del México independiente, lo lleva a ocuparse de los grandes personajes de la época, desde Hernán Cortés y los virreyes y virreinas de la Nueva España hasta Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, pasando por Agustín de Iturbide, la Güera Rodríguez y fray Servando Teresa de Mier; a describir con asombrosa puntualidad las casas, las calzadas, las calles viejas y nuevas, las plazas, los jardines, los paseos, las iglesias, los edificios civiles, los cementerios de la que en tiempos coloniales fue muy noble y leal Ciudad de México; a reproducir el ambiente de la época hasta en los más mínimos detalles de la arquitectura, el mobiliario, la indumentaria o la gastronomía, y —acaso lo más importante para que la Academia lo haya acogido en su seno como miembro numerario— a recuperar las voces, ya perdidas, que utilizan sus personajes según los usos lingüísticos de su tiempo y que permean también el discurso del propio narrador, que deliberadamente articula un lenguaje arcaizante para hablar, como si fuera presente, *Del tiempo pasado*, según se titulaba la columna periódica que publicaba en el diario *El Universal*, cuyos artículos, reunidos, configuran uno de sus libros más sa-

brosos. Por todo ello, Arturo Sotomayor pone en tela de juicio la condición de cronista oficial de la Ciudad de México que ostentó don Artemio a partir de 1942, pues sus obras, si bien pueden alcanzar los registros propios de la crónica, se refieren a los tiempos pretéritos y no obedecen por tanto al impulso presente y testimonial que distingue al género.<sup>2</sup> Fue, digamos, un cronista a toro pasado. Pero los datos que conoce y maneja de primera mano, como lector de textos coloniales, como asiduo visitante de archivos históricos, como exhumador de viejos documentos, sólo son el disparadero —y aquí el fabulador se sobrepone con creces al estudioso de la historia— de una imaginación fecunda, a veces incontenible, merced a la cual recrea con enorme libertad el espíritu de la época que evocan sus libros: lo mismo los presuntamente históricos (*Gregorio López, hijo de Felipe II* o *La Güera Rodríguez*) que sus recreaciones literarias de fabulaciones populares (*Historias de vivos y muertos. Leyendas, tradiciones y sucesidos del México virreinal, Cuentos del México antiguo*) y sus incursiones francas en la ficción novelística: *El Canillitas*, que mucho le debe al *Lazarillo de Tormes* y a *La vida del Buscón*, pero también a las novelas decimonónicas mexicanas de José Joaquín Fernández de Lizardi, por lo que hace a la picaresca urbana, y de Vicente Riva Palacio, por lo que toca a la referencialidad de la época colonial.

Quiero volver, en estas breves páginas escritas en homenaje a la memoria de don Artemio de Valle-Arizpe, ahora que se cumplen cincuenta años de su fallecimiento, a su discurso de ingreso a la Academia Mexicana que, como dije, versa sobre fray Servando Teresa de Mier. Y quiero hacerlo por dos motivos: en primer lugar, porque creo adivinar cierta relación de identidad, o por lo menos afinidades o coincidencias significativas, entre

<sup>2</sup> Cf. Arturo Sotomayor, *Don Artemio*, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 1976, pág. x.

el biógrafo y el biografiado, es decir, entre el *cronista histórico* y el fraile dominico; y, en segundo, porque me parece que del texto de marras podría entresacarse una suerte de *poética narrativa* de don Artemio.

Nacidos con más de un siglo de diferencia, fray Servando y don Artemio proceden del norte del país: el uno de Monterrey; el otro de Saltillo. Ambos se forman, así sea parcialmente, en la Ciudad de México, donde sus estudios prosperan y rinden frutos. Los dos fueron escritores muy prolíficos, si bien el regiomontano puso el acento en el futuro y el saltillense en el pasado, y también amantes de la palabra dicha —tanto o más que de la escrita—: el uno, afamadísimo predicador de la Orden de Santo Domingo e inteligente y sagaz interlocutor de personalidades tan destacadas como Lucas Alamán, Simón Rodríguez —maestro de «el Libertador» Simón Bolívar—, Chateaubriand, José María Blanco —quien al abjurar de la política española de su momento se refugió en Londres y trastocó su nombre por el de Blanco White—, el barón de Humboldt, Madame de Staël y el coahuilense, acaso emparentado con don Artemio, Miguel Ramos Arizpe; y el otro, conversador ameno e infatigable y contertulio del obispo Ignacio Montes de Oca, del historiador Luis González Obregón, a quien sucedió como cronista de la Ciudad de México, y de Victoriano Salado Álvarez, cuya silla, al quedar vacante, ocupó en la Academia. Ambos fueron presa de la imaginación, para la perdición de uno y para la felicidad del otro, pues de la fantasiosa interpretación de los dichos de un tal Ignacio Borunda, fray Servando vino a colegir que la tilma de Juan Diego, en la que se estampó la imagen de la Virgen de Guadalupe, era en realidad la capa de Quetzalcóatl, que no era otro que santo Tomás apóstol, quien, en el primer siglo de nuestra era, habría venido a América a propagar la fe del evangelio de Cristo, lo que, dicho en la Colegiata de la Ciudad de México un 12 de diciembre —el de 1794— delante del virrey,

el arzobispo y los miembros de la Audiencia, le costó el juicio inquisitorial de sus propios hermanos de orden, el destierro, la cárcel y una persecución que no habría de cesar hasta la instauración de la República en nuestro país; para la felicidad de don Artemio, digo, pues si ante sus textos, más de un historiador alza las cejas con gesto reprobatorio, muchos lectores sonríen complacientes y agradecidos por la recreación imaginativa de un mundo fabuloso que es parte sustancial de nuestra heredad. El itinerario de fray Servando, pautado por sus innumerables evasiones carcelarias y sus actividades intelectuales y políticas, es muy largo e intrincado —Santander, Madrid, Burgos, Burdeos, París, Roma, Sevilla, Londres, La Habana—, pero también don Artemio pasó varios años en el extranjero, aunque no en el destierro, sino en las legaciones de México en Madrid y Bruselas. Ambos, además, fueron diputados, fray Servando por su natal Nuevo León ante el primer Congreso Constituyente, que se opuso al Imperio de Iturbide, y don Artemio, picarescamente, por el distrito de Comitán de las Flores, Chiapas, donde jamás puso un pie, ante el Congreso de la Unión durante las postrimerías del porfiriato. Si fray Servando vivió los últimos años de su vida, acogido por el presidente Guadalupe Victoria, en el Palacio Nacional, a cuya arquitectura e historia, por cierto, Valle-Arizpe le dedica un libro, y en uno de sus aposentos murió después de haber convidado personalmente a sus amigos y seguidores a que asistieran a su extremaunción, don Artemio vivió los últimos diecisiete años de su vida en una casa situada en la calle a la que se le impuso su nombre tras haber sido designado cronista de la Ciudad de México, una calle pequeña de sólo dos cuadras en la Colonia del Valle, hasta hace poco tranquila, que casi nada se parece a la populosa, larga y congestionada avenida Fray Servando, que atraviesa buena parte de la ciudad de oriente a poniente.

Más allá de estas coincidencias, algunas de ellas inocuas, lo que fascina a don Artemio de la controvertida personalidad de

fray Servando son las tribulaciones de su vida, el pensamiento libertario que rige sus acciones, la vehemencia de su discurso, el ingenio y la agudeza de sus argumentos, la ironía de sus disertaciones. Por lo que fray Servando tiene de pícaro, no un pícaro como el Canillitas o el Periquillo Sarniento, sino un pícaro, digamos que intelectual (como lo fue en su siglo Carlos de Sigüenza y Góngora, quien tuvo que sortear mil dificultades para poder dedicar su vida al cultivo del intelecto), y por lo que todavía tiene de colonial, pues su pensamiento marca el tránsito del Virreinato al México independiente, la personalidad del «heterodoxo guadalupano», como lo llamó Edmundo O’Gorman, es tema muy apetecible para la pluma de don Artemio. Y a su desarrollo le dedica, explicablemente, su discurso de ingreso en la Academia Mexicana.

Es el de Valle-Arizpe un discurso que cubre las formalidades del caso, pero que goza, además, de una libertad, una sabrosura, un sentido del humor, un tratamiento narrativo —y una extensión— que no suelen tener esas piezas oratorias.

Don Artemio no redacta, pues, un discurso ortodoxo, sino, en concordancia con el personaje del que trata y con su propio quehacer literario, escribe un texto heterodoxo en tanto que posee un carácter narrativo que lo aparta del común de los discursos académicos, y utiliza, por tanto, los recursos inherentes al género.

Un narrador omnisciente relata las peripecias que sufre el protagonista en el transcurso de su agitada vida —el destierro y la cárcel tras haber pronunciado el discurso en el que niega las apariciones de la Virgen de Guadalupe, sus incontables evasiones de las celdas, mazmorras, calabozos y conventos en los que fue recluso, su activismo político en el extranjero, su desembarco en Soto la Marina al lado de Javier Mina, su beligerancia en el Congreso en contra del imperio de Iturbide, su amistad con Guadalupe Victoria, su despedida, su muerte y su imposibilidad

de descansar en paz, pues según se dice, su cadáver, momificado, fue vendido al dueño de un circo al final de las guerras de Reforma, cuando se expropiaron los bienes de la Iglesia y se suprimieron muchos conventos, entre ellos el de Santo Domingo de la Ciudad de México donde fray Servando había sido inhumado con grandes pompas fúnebres—. Pero también da cuenta de las turbulencias de su alma: la vanidad y el afán de notoriedad que lo llevan, malhadadamente, a confiar en Ignacio Borunda para pergeñar un sermón disparatado; el dolor del exilio, las penalidades sufridas en sus reiterados cautiverios, los quebrantos de su salud, la elaboración de su defensa teológica, su gusto licencioso por las tertulias de Madame Récamier y Madame de Staël, que frecuenta con asiduidad, su ideario político, su odio al emperador Iturbide, su agonía en el Palacio Nacional.

Este narrador omnisciente —juegos cervantinos de la literatura— lo es en la medida en que recopila todo lo que unos contertulios que suelen darse cita en la tercena de la Profesa a comprar tabaco y conversar, opinan y saben de fray Servando, a quien, apenas comenzado el relato, ven bajar, enfermo, frágil, disminuido, de un coche que lo ha dejado en una casa de la calle de San Francisco, adonde acude para invitar a sus moradores a la formal y definitiva despedida que tiene programada para el día siguiente, cuando recibirá los santos óleos. Hay que decir que, a poco de haber iniciado su discurso, a don Artemio se le olvida que su narrador se propuso sólo contar lo que del fraile saben sus coetáneos, y de pronto, disruptiva e inopinadamente, se queja de que la traducción de *Atala* de Chateaubriand que hizo el dominico no se ha vuelto a publicar en los tiempos que corren, los de don Artemio, claro, no los de fray Servando, como debería ser de acuerdo a las convenciones de su narración. O que de pronto abandona la omnisciencia con la que se ha adentrado sin ambages en el fuero más íntimo del fraile para dar paso al tiempo pospretérito de las suposiciones; *pensaría, diría,*

*sentirla, reflexionaría...* O que, conmovido por los dislates de su personaje, en un momento dado lo reprende directamente, en segunda persona —como lo había hecho Cervantes en *El Quijote* y como se hará con gran liberalidad en la novela contemporánea—, aunque en su perorata se le meta involuntariamente un verbo en la tercera persona en la que había venido contando su historia: «¡Ay, fray Servando Teresa, cómo ostentas tu imaginativa en fabular copiosamente! ¡Cuántas imaginaciones sacas de tu cabeza cuyos sesos siempre *andaban* en ebullición! Lo supuesto lo tenías por verdad!».<sup>3</sup>

Ajeno a las aportaciones que la novela de la Revolución hizo a la literatura mexicana en tanto que rompió la categorización dicotómica, tan frecuente en la narrativa precedente, que oponía a los personajes buenos y los malos, don Artemio relata su historia en blanco y negro, como el hábito de la Orden de Predicadores: fray Servando es inocente por principio y jamás asume la responsabilidad de sus actos. Siempre es víctima de sus antagonistas, y aun de los que no lo son, como el licenciado Borunda, que lo enredó en sus fabulaciones guadalupanas, sin que al narrador le importe que el dominico, como el propio don Artemio cuenta, hubiese mantenido los planteamientos de su fatídico discurso hasta el final de sus días. Es lamentable, por otra parte, que Valle-Arizpe no haga ninguna consideración relativa a las implicaciones políticas del discurso de 1794, pues al negar la aparición de la Virgen de Guadalupe en el siglo xvi y sostener que su imagen se remonta a los tiempos de Cristo, lo que hace fray Servando es deslegitimar la conquista política española, que siempre trató de encontrar su razón de ser en la catequesis de estas viñas sin cultivo donde era menester sembrar la palabra de Dios, y justificar, por tanto, la independencia política de las colonias americanas.

<sup>3</sup> Artemio de Valle-Arizpe, *op. cit.*, pág. 74. El subrayado es mío.

Pues bien, no obstante su tratamiento narrativo, la omnisciencia de su narrador, la concomitancia de diversos personajes, la fabulación de una peripecia ciertamente novelesca, el discurso de ingreso a la Academia de don Artemio no es una novela, aunque la novela sea el más dúctil de los géneros literarios y pueda acoger en su seno obras de muy diferente jaez. Y no lo es porque, a pesar de la imaginación que discurre por el texto, la ficcionalidad acaba siempre por supeditarse al referente histórico; porque el personaje protagónico de la historia conserva su protagonismo en el relato y no lo delega en los personajes secundarios, que en la novela histórica suelen adquirir el papel principal, mientras que los personajes principales de la historia quedan relegados a un segundo plano narrativo; porque el escritor no tiene la intención de escribir una novela, sino de novelar la vida de un personaje histórico; porque el lector, en fin —y perdóneseme la subjetividad—, al acabar de leerlo, sabe que no ha leído una novela, sino un relato histórico —imaginativo, vívido, sabroso, apasionado y apasionante, como suelen ser los relatos históricos de don Artemio.

Tendrán que pasar más de tres décadas para que Reinaldo Arenas, un cubano primero redimido y luego maltratado por el régimen establecido en Cuba después de la Revolución de 1959, escriba una novela basada en las *Memorias* de fray Servando que por azar leyó en la isla, a la que pone por título, justificadamente, *El mundo alucinante*.<sup>4</sup> Por su desbordamiento, su proliferación, su natural manejo de la hipérbole, que supera la hipérbole misma que rige la vida de fray Servando, esta portentosa novela de Arenas hubiera podido incluirse en la nómina de aquéllas que le sirvieron a Severo Sarduy para establecer la poética del neobarroco, aplicada a las obras de otros escritores cubanos mayores

<sup>4</sup> Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante. Una novela de aventuras*, Tusquets Editores, Barcelona, 1977.

que Arenas, como Alejo Carpentier, José Lezama Lima o Guillermo Cabrera Infante. Lo que quiero señalar con esta referencia es que el discurso de don Artemio de Valle-Arizpe prefigura de manera notable la tendencia neobarroca de cierta novelística latinoamericana. Y no sólo por haber elegido para su discurso de ingreso a la Academia un tema de suyo hiperbólico, sino, sobre todo, por el gusto irrefrenable, apasionado, incontenible, exultante, por la palabra —esa alegría genésica exaltada por los barrocos de antaño y hogaño y compartida por don Artemio, de nombrar las cosas.

Es bien conocida la pasión que el estilo barroco le suscita a Valle-Arizpe. Basta con leer sus alborozadas referencias al retablo balbasino de Los Reyes de la Catedral, a la fachada churriguesca del paredaño Sagrario Metropolitano o, en general, a la arquitectura mexicana de los siglos xvii y xviii. Pero este gusto no se limita al tema del Barroco, que a todas luces le entusiasma, sino que responde a una suerte de mimesis involuntaria con ese tema de su preferencia, que puede sintetizarse en el anhelo de aprehender las voces fugitivas que se escapan de las cárceles de la lengua con mayor facilidad con las que el heterodoxo guadalupano burló las suyas.

Pongo un par de ejemplos. Para describir el interior de las casas de la ciudad virreinal en su *Historia de la Ciudad de México, según los relatos de sus cronistas*, don Artemio dice:

A los muebles pesados y toscos de los primeros tiempos se les dio de mano y las vastas estancias con vigería de cedro y ménsulas talladas, las llenaron sillones majestuosos, sillas jamugas y de caderas, mesas esculpidas y escañiles, clavicordios, partestrados de múltiples hojas; la elegante fragilidad de los muebles de laca; bufetillos, cajoneras y bargueños ya tallados o con nimias taraceas de maderas preciosas, o embutidos de concha y marfil; erguían su elegante policromía los altos tibores de la China; emblandecían

la pisada alfombra de alto lizo; los muros se forraban de damascos o quedaban sólo tendidos de cal a la antigua española, se colgaban de tapices, de cornucopias o de retratos familiares enmarcados entre la dorada confusión de las tallas; en los techos se abrían los prolijos rosetones de plata de los que pendían las arañas de tres bolas del mismo argento o bien de diáfanos cristales; las puertas, todas labradas o de taraceados cuarterones, se cubrían con amplias cortinas de damasco, o de tisú, o con blasonados reposteros, o bien se recortaban entre arambeles de brocado o de terciopelo de tres altos; las camas eran grandonas y solemnes; los arcones y alacenas se llenaron con suntuosas vajillas de porcelana y de cristal que venían de los ultramares; los pulidos aparadores fulgían de plata labrada: bernegales, bandejas, tembladeras, jarras y vasos, ya de gruesa plata o de oro, de marfil, de hueso y estaño en que el arte puso sus primores; los jaeces se recubrieron de catalufas con muchos orifrés y aun se bordaron con aljófares y con piedras preciosas; las sillas de manos, las estufas, los bombés, los forlonos, los carzahanes, los leves quitrines, las carrozas, las primaveras se aforraban de telas ricas y se chapaban de oro y plata.

A continuación, describe el interior de las iglesias coloniales de la Ciudad de México:

Los talladores de madera, discípulos de Balbás, hicieron brotar las más exhuberantes [*sic*] rocallas churriguerescas en todos los retablos, las cubrieron con una como coagulada espuma de oro por la que la luz corría en las penumbras con un fatuo centelleo; se estofaron prodigiosamente las imágenes a oro y transflor; se bordaron telas esplendorosas para ornamentos, para credencias y frontales de altar; los metalarios en oro, plata y mazonería, afili-granaron con sutileza delicada atriles, patenas, palabrerros, báculos, visos, pértigas, navetas, relicarios, acetres, hisopos, tronos o baldaquinos, azafates, hostiarios, peanas, fuentes, cálices, ciriales, píxides,

lámparas, copones, ramilleteros, incensarios, faroles, cruces de mano, cruces altas, cruces de altar, cetros, crismeros, refulgentes custodias; la escultura dejó su arte en púlpitos y ambones, en bajorrelieves para las fachadas, estatuas para las hornacinas y para remates de los frontis y de las torres; los ebanistas, entalladores y ensambladores exaltaron su imaginar en la complicación de los confesionarios, de las prodigiosas cajas y coronamientos de los fascistoles [*sic*], en las sillerías para los coros, en los sillones fraile-ros, en las fragantes cajoneras; los miniaturistas, llenos de unción, miniaron con florida exquisitez las vitelas de los libros corales; los herreros forjaban en cruces, veletas, ventanas y en elegantes rejas el hierro vizcaíno; los pintores trazaron sus cuadros con exaltado fervor, llenos de imágenes de vírgenes y santos ya arrobados o dolientes, para los áureos intercolumnios de los retablos, para las sacristías y para los claustros...<sup>5</sup>

Y en el discurso académico, al referirse al primer viaje, largo y penoso, de fray Servando a la Ciudad de México, sin más vehículo que una mula, don Artemio no puede evitar el chisporroteo lexicográfico que le produce la situación y, endilgándole a su personaje lo que quisiera decir *motu proprio*, escribe:

Sin duda le tocaría al joven Servando algún asalto de bandidos, algún otro de broncos comanches, entre balazos, gritos, maldiciones, alaridos ululantes y silbar de flechas; vería con espanto a los heridos y muertos que se llevaban los salvajes para escarpelarles las cabelleras, y luego usarlas como trofeos ilustres, en señal de blasón y valentía: Le llamarían la atención todas aquellas palabras de arriería: gruperas, tapujos, aparejos, cinchas, caronas, sudaderos, jalmas, sobreenjalmas, bozales, tientos, cantinas, vaqueri-

<sup>5</sup> Artemio de Valle-Arizpe *apud* Arturo Sotomayor, *op. cit.*, págs. 9-12.

llos, látigos y contralátigos, almartigones, pretales, cabeza de silla, yegua mulera...<sup>6</sup>

Al sacar a relucir las palabras que han quedado desvanecidas en la oscuridad de los tiempos idos, don Artemio de Valle-Arizpe, nostálgico enamorado del pretérito, intenta, al menos en el espacio utópico de sus páginas, realizar el sueño barroco por antonomasia: recuperar el paraíso perdido.

<sup>6</sup> Artemio de Valle-Arizpe, *op. cit.*, p. 51.